

sitos. Los que desean aún derramar su sangre generosa por introducir un cambio en las exterioridades del gobierno, que tengan la bondad de reservarla para empresas más nobles, en las que se ventile el interés de «toda la nación», y si la sangre les bulle tanto, que no pueden aguantar más, que llamen a un sangrador y que se sangren y dejen en paz a sus conciudadanos.



v.

Reflexiones psicológicas que le sugiere al corresponsal
la lectura de la Guía de la ciudad de Helsingfors.

EL que quiera hacer descubrimientos notables que no se gaste el dinero en comprar telescopios y microscopios, ni pierda el tiempo en revolver archivos y bibliotecas; que se vaya a lo ancho de la calle y, allí donde note un movimiento espontáneo de muchas gentes en una misma dirección, esté seguro de hallar el principio de una investigación trascendental para la ciencia. El verdadero y profundo saber brota de las muchedumbres inconscientes: un pueblo que acude a votar a los comicios no da ninguna luz sobre sus propias aspiraciones, porque ha pensado de antemano lo que va a hacer y acaso ha formado artificialmente su criterio oyendo o leyendo disparates ilustrados; ese mismo pueblo se congrega en la plaza pública para oír a un ciego cantar romances y es seguro que hará o dirá algo por donde vengamos a descubrir sus ideas íntimas, tradicionales.

Oigamos al cielo entonar el romance de los nom-

bres de las mujeres, donde se declaran los méritos y defectos, vicios y virtudes de las Juanas y las Petras, las Marías, las Tomasas y las Manueles. Para los perezosos, para los que se contentan con juzgar sumariamente por impresión rápida y superficial, el ciego es un mendigo que dice unas cuantas tonterías a cambio de unos cuantos ochavos; yo creo que es un artista utilísimo, un cultivador del arte más fecundo, el que se desarrolla al airê libre y sirve de pasto ideal a las clases pobres, que no tienen medios ni capacidad para conocer otras formas artísticas más cultas; y creo también que lo que el ciego dice son tonterías con un gran fondo de verdad. Ya ve usted—se dirá—asegura que las Marías son muy frías, y yo conozco precisamente cuatro, de las cuales una es cierto, es fría como agua de aljibe, pero de las otras tres una es más que templada, otra es como un brasero, y otra arde en un candil. Ese ciego no debía tocar la guitarra, sino el violón. Sin embargo, si la gente lo oye y le compra los romances, no dejemos en este punto nuestras observaciones; ahí hay, como suele decirse, gato encerrado.

Es innegable que los nombres tienen una fisonomía propia, adquirida por el uso, aparte de la que algunos poseen ya por su significación. Don Juan es un conquistador de corazones, don José un señor muy patriarcal y don Pedro un hombre adusto. La religión, la historia o el arte dan a los nombres ese carácter sugestivo, que no puede ser desvirtuado por los hechos; si un hombre se conduce de un modo incongruente con el nombre que lleva, no

por eso variamos nuestro concepto sobre el nombre, sino que decimos que éste está mal empleado. Jamás convendremos en que a un tunante le encaje bien el nombre de Homobono o a un hombre discreto el de don Hermógenes. Mas para que un nombre tenga fuerza expresiva es necesario que se le agregue algún rasgo que determine el estado social de la persona; si don Juan es el Tenorio, el tío Juan no es más que un buen hombre, rudo y tosco y Juan a secas es un infeliz, y por otra parte, los nombres de los dos sexos no son iguales en este punto; porque los de mujer están menos usados que los de hombre. El papel de las mujeres ha sido y es principalmente doméstico y por lo tanto sus nombres sólo tienen expresión en la vida íntima y familiar, salvo contadas excepciones; son advocaciones de la Virgen; nombres poéticos, y en algunos casos formas femeninas de nombres de santos, las cuales no pueden conservar su significación originaria: doña Juana no puede echar sobre sí las glorias de don Juan.

El error del ciego procede, pues, de que obligado a componer para su clientela, formada principalmente por mujeres pobres, tiene que concretarse a los nombres femeninos que son los menos característicos y a emplearlos sin añadidura, tales como los usan las mujeres del pueblo; pero esto no debe impedir que reconozcamos la verdad de la idea generadora del romance, de la cual se deducen después consecuencias de mucha mayor importancia; puesto que así como existen nombres característicos de las personas, con estos nombres se forman

después nombres característicos de las naciones.

Este preámbulo viene aquí a cuento, porque, como creo haber dicho ya, el único libro de que dispongo para escribir estas cartas es el «Adressbok och Yrkeskalender» o «Guía de la ciudad», y a fuerza de mirarlo me ha venido la idea de sacarle el jugo que contiene, que no es poco; voy, pues, a hablar de los nombres de los finlandeses y a deducir de ellos algunos rasgos psicológicos muy interesantes del pueblo finlandés.

Recorriendo las listas de apellidos nótase la variedad de procedencias de la heterogénea población de Finlandia, particularmente de las ciudades del litoral. Hay algunos apellidos rusos, cuya desinencia más común y conocida es en off, Matrosoff, Baranoff, Pletschikoff y bastantes polacos en Sky: Doubistky, Galestky, Baltschefsky. Vienen después los suecos, cuya estructura es análoga a la de los alemanes o a la de los ingleses, como: Lindberg, Bergstroem, Eklund, Ekholm, Lindfors, Nyholm, Suellman, Wasenius, Oesterman, Johansson, Carlsson, Thomasson, Danielsson, etc. Y los más típicos y extraños para nuestra vista son los finlandeses: Tuominen, Saastomoinen, Haemaelainen, Raatikainen, Pikkarainen, Niinimaeki, Nikkilae, Aeyraepaeae, Jaeaeskelainen, Kokkonen, Kaekikoski, Kaeraejaemies, etc.—Estos nombres tan extraños, como ya lo indica la abundancia de vocales, se pronuncian con gran dulzura.

Los apellidos finlandeses son por regla general largos; hay también algunos breves, pero menos

corrientes como Erköo, Aho, que pertenecen a dos distinguidos periodistas de la localidad; el finlandés es tan armonioso como el italiano, mucho más que el sueco, bien que éste posea la soltura y elegancia de la lengua francesa y en muchas palabras la plenitud y sonoridad de la española.

En relación con los apellidos, los nombres pertenecen a diversos santorales o se escriben de distinto modo: hay John, Johan, Juhani, Karl, Kaarlo; un nombre que me gustó la primera vez que lo leí en la «Princesse Meleine» de Maeterlinck, Hjalmar, es aquí corriente, así como Axel, Arvid, Eoro, Jaako, Uno, Ano, Edvin, Gunnar, Sigrid, Frithiof, Haral, Erik. En nombre de mujeres los hay preciosos, y no dejaré tampoco de dar varios de los que más me agradan, por si alguna de mis lectoras se halla en estado interesante y preocupada por el nombre que le ha de poner «a lo que nazca»: Olga, Dagmar Hilda, Ida, Lida, Gerda, Lydia, Aina, Selma, Sainaa, Sanny, Mía, Alma, Thyra, Ada, Dina, Aini, Hulda, Edla, Ebba, Elsa. Algunos nombres de mujer tienen estructura masculina, por ejemplo: Aino, nombre de una heroína del Kalevala, que andando el tiempo será dado a conocer en Europa y en España por una distinguida cantante de aquí, que ahora empieza su carrera: Aino Achté. Sin embargo, los nombres más usados son los de la antigua Iglesia católica, los cuales se escriben exactamente igual que en España; aquí, pues, abundan las Amelias, Natalias, Rosas, Olivias, Amandas, Paulinas, Carolinas, Cristinas, Gustavas, Elviras, Junias, Julias, Emilias, Augustas,

Sofías, Auroras, Paulas, Ineses, Josefinas, Jacobinas y cien por el estilo.

Ya que estamos en posesión de los nombres, vamos a lo más importante, al modo de usarlos. Aquí el nombre propio tiene muy poco uso; los hombres y las mujeres firman con su inicial y el apellido, y a veces con solo el apellido. Si en España recibimos una carta firmada J. Petersson, o su equivalente J. Pérez, pensamos que quien escribe es un hombre, y nos extraña que no haya firmado con su nombre entero; aquí ese nombre puede ser de una señorita joven y guapa, y hasta si se quiere íntimamente conocida. Como la mujer trabaja como el hombre, ha perdido el calor sentimental y se ha convertido en una entidad útil; así, pues, el nombre propio, que es el afectivo, va camino de desaparecer. En España sería ridículo decir a una señorita: «Buenos días, Rodríguez». Aunque no se tenga confianza se emplea el nombre propio, porque a la idea de mujer acompaña siempre la de amor o delicadeza. Aquí me ofrece su tarjeta una señorita que se llama H. Lindroos; después de tratada mucho tiempo, como Froeken Lindroos, preguntaré por curiosidad qué significa la H. y se me dirá que Hanna; ¿y este nombre qué es? ¿Es lo mismo que Anna, Ana? No. Es una forma abreviada de Johanna, Juana; pero después seguiré diciendo Lindroos a secas, pues el empleo del nombre propio sería una gran inconveniencia, por estar reservado para las expansiones íntimas. En toda Europa se observa que conforme avanza la idea de emancipación de la mujer, decae la impor-

tancia del nombre propio, pero al menos las muchachas gustan de lucir sus nombres, en particular si son bonitas; aquí es donde he notado mayor desprecio por el nombre personal y sentimental.

En Finlandia los dos sexos usan el nombre de igual manera, porque su función social es también análoga; y el empleo predominante del apellido marca asimismo el carácter de esta sociedad. El nombre de una nación está representado por la forma usual del nombre de sus individuos: N. Koskinen es un finlandés (varón o hembra); Louis Dupont es un francés, José Pérez y Gómez es un español; y no se crea que la diferencia está en la significación de las palabras, puesto que lo mismo diríamos que es francés Felix Martin y que es español Felix Martin Martin (sin acento). Donde los franceses dan un golpe, nosotros damos dos. Aquí hay un apellido español, Riego, cuyos usufructuarios no sé si descenderán del general que dió su nombre al himno de la libertad; si así fuera habría que convenir en que el oficio de proclamador de Constituciones es un tanto azaroso. Pues bien, T. Riego será finlandés y Rafael del Riego español; y aún recuerdo haber leído algunas veces el nombre de Riego con su segundo apellido, no obstante ser tan celebrado y popular.

El nombre propio es el que marca la individualidad; el apellido, las relaciones sociales. Así, pues, el nombre típico, usual de una nación, revela su carácter predominante. Hay nombre individualista y socialista, aristocrático y democrático. Los nombres griegos son individualistas y democráticos,

porque se componen de un solo elemento: Solón, Sócrates, Platón, Aristóteles, Pericles; en España hay también nombres de expresión análoga, los únicos que acaso existen en el mundo, los de nuestros toreros; la exterioridad ofrece algo chocante, pero vistas las cosas de cerca, Costillares, Cúchares, El Tato, Pepe-Hillo, Frascuelo y Lagartijo, son nombres esencialmente helénicos y expresan el fondo de individualismo que aún conserva nuestra raza, bien que no se muestre en obras maestras de ciencia y arte, sino en formas artísticas rudimentarias, como tienen que ser siempre los juegos públicos.

Roma es un pueblo de organizadores, constituido aristocráticamente, sobre un patriciado; y el nombre romano es complejo, porque tiene que expresar, no sólo la personalidad, sino también el abolengo. Comparando estos dos nombres, Demóstenes y Marco Tulio Cicerón, se tiene la clave de dos historias y de dos civilizaciones. Los pueblos modernos conservan en gran parte el espíritu romano; pero el equilibrio, representado hoy por el uso simultáneo del nombre y del apellido, es inestable. Inglaterra es quizás la nación que se aproxima más a la organización romana; en Francia el nombre propio pierde mucho terreno, lo cual indica muy a las claras que las tendencias colectivistas lo van ganando.

En Finlandia encontramos el nombre típico de una nación democrática y socialista, cuyo individuo ideal no tendría nombre propio, sino el apellido, es decir, el rótulo social. Un pueblo donde se diga

con José, don Manuel, don Antonio, no puede ser socialista jamás; el hombre del colectivismo tiene que ser Fernández, Martínez, Rodríguez, García; y así se llaman aquí, cambiados sus nombres por otros. No faltan aristócratas sueltos, pero son la excepción; para convencerse de que este país es democrático, basta fijarse en que un apellido vulgar, por ejemplo, Johansson, Juanez, es usado por todos como si fuera el más distinguido, sin buscar medios de diferenciación. Se desean diplomas, cruces y todo cuanto sea distinción personal y proporcione ventajas materiales, pero sin sacar nunca a relucir los pergaminos. En España un hombre no querría llamarse J. Fernández, y acudiría a mil artificios para tener su nombre bien marcado, ya poniéndose un nombre propio muy raro, ya colocando tras el Fernández uno o dos apellidos más. Los finlandeses, antes que hombres son miembros del organismo social, y tienen, como veremos en mil detalles, aptitudes sobresalientes para vivir libres dentro de organizaciones y reglamentaciones en las que nosotros no podríamos movernos siquiera.

¿Entonces, se dirá, España no es una nación democrática? De ningún modo; somos el pueblo más aristocrático de Europa; así como en otros pueblos se ha debilitado el nombre propio, nosotros lo conservamos, porque conservamos nuestro amor al individualismo; pero hemos agregado un apellido más para señalar nuestro tronco, nuestra ascendencia. Yo soy el único que tiene aquí dos apellidos, y varias personas me han pregun-

tado ya qué significa el segundo; y muchas más son las que han pegado los dos y los han transformado en uno solo; yo contesto siempre que en España la mujer socialmente, es menos que aquí; pero que en casa lo es todo, que hasta conserva su nombre de familia y lo trasmite a sus hijos con el del padre. Lo cierto es que en España Juan Fernández y García firma con más humos que don Juan Fernández de Córdoba y García de Zúñiga. Hemos llegado a la igualdad, haciéndonos todos hidalgos, esto es, siendo todos aristócratas. Por eso, hablar de democracia en España es música celestial; no podemos ser demócratas porque queremos demasiado a nuestra familia. En la actualidad vivimos en plena democracia, y estamos asistiendo al espectáculo interesante de la formación de un nuevo patriciado, de una aristocracia política, constituida por la aglomeración en los cargos públicos de gentes enlazadas por vínculos familiares. No gritemos contra los yernos, los sobrinos, los cuñados y los primos, porque ahí está nuestra salvación, en ese plantel de aristócratas de nuevo cuño, que en el porvenir han de dar muchos días de gloria a la patria, o por lo menos a sus respectivas familias.



VI.

Donde se descubre el amor de los finlandeses al progreso
y se explica la causa de este amor.

LA pereza intelectual que a todos nos domina, nos induce a inventar fórmulas convencionales que nos ahorren el trabajo de estudiar a fondo las cosas. Así, para dar idea del carácter general de una nación, hay etiquetas o muletillas muy usadas que dejan completamente satisfecha nuestra curiosidad: «ese país es refractario a la cultura», «éste es amante del progreso» y «aquél avanza de un modo visible por la senda de la civilización». Con arreglo a esta fraseología es lícito decir que Finlandia es un país que ama el progreso y avanza a galope tendido por todas las sendas que a él conducen. Ahora lo que falta saber es lo principal, es decir, lo que aquí entienden por progreso; porque si interpretaran la palabra al revés que nosotros, caminando hacia el progreso irían a dar en donde nosotros menos pudiéramos figurarnos.

La idea corriente hoy por hoy sobre el progreso es, por desgracia, demasiado material: no se da

apenas importancia a lo que es en cada pueblo la vida de familia, las relaciones amorosas, el trato entre amigos, la unión de las diversas clases sociales, y en particular de amos y criados; se atiende principal y casi exclusivamente a la extensión de la red de ferrocarriles, estado de las carreteras, servicios de correos, telégrafos, estadística comercial y cotización de los fondos públicos. Un pueblo cuyos valores se cotizan a la par, puede sin reparo degradarse y vivir en la corrupción más escandalosa; siempre será más culto que aquel otro cuyas cotizaciones anden entre el 70 y el 80 por 100. Como la familia existe desde el origen del mundo, y los adelantos mecánicos son cosa fresca, estamos aún en el período de la novedad, y no queremos convencernos de que los tan celebrados adelantos sólo traen servicios útiles para la vida, y que lo esencial continúa siendo la vida en sí: una vez que la familia se desorganiza, que las relaciones sociales se resquebrajan, que la vida colectiva se corrompe, el progreso material no sirve más que para cubrir las apariencias y para engañar a las gentes superficiales; es un progreso hipócrita y menguado que sirve sólo para prolongar indefinidamente la existencia infructuosa, y a veces nociva, de los pueblos que a él se acogen.

En punto a progreso material, aquí en Finlandia existe cuanto puede apetecer el más descontentadizo; más que progreso hay ensañamiento por el progreso y por muchas cosas que no lo son. Tienen, por ejemplo, la manía de rapar los jardines y no dejan que la yerba levante una pulgada del suelo:

concepción democrática mala. En cuanto un tallo verde asoma, tímido, entre dos piedras, viene una mujer con un gancho y lo arranca, como si temiera que con el tiempo interceptara las atarjeas o la vía pública. Y lo mismo pudiera decirse del adoquinado, del arrecifado y de los demás servicios de urbanización. A mí no me gustan estos excesos, y si por mí fuera la yerba crecería a sus anchas hasta que le llegara la hora de agostarse, y las vías públicas tendrían muchos altibajos. En Atenas no fué conocido el entarugado y andaban por las calles personas de más viso que las que hoy se echa uno a la cara; quizás si allí se hubieran dedicado a afeitar jardines y a adoquinar calles hubieran desaparecido sin dejar rastro.

La psicología tiene sus misterios, y no es fácil ver así, de golpe, la influencia que en nuestro espíritu ejercen las formas exteriores que habitualmente nos rodean y nos moldean, sin que nos demos cuenta de su sorda labor. Nuestro orgullo nos hace creer que estamos sólo sometidos al influjo de los objetos en que voluntariamente fijamos nuestra atención; pero acaso sea más enérgico el influjo de lo imperceptible y de lo despreciable. Un hombre que habita en una ciudad desigual, con calles quebradas, con jardines semisalvajes, circundado por la belleza natural que la tierra da de balde, es un hombre apto (si se decide a trabajar justo es decirlo) para la creación de obras originales; por lo menos es hombre llano, natural, sin artificio; ese mismo hombre habita en otra ciudad muy bien entarugada, alineada, arrecifada, barrida y fregada, e insensi-

blemente comienza a perder los rasgos más salientes de su personalidad, comienza él también a alinearse, a recortarse, a pelarse, a afeitarse y a engomarse, en una palabra, a estropearse por fuera y por dentro, y quizás al encontrar un amigo en la calle no sepa ya saludarle familiarmente, sino haciendo varios movimientos mecánicos, y ofreciendo en vez de toda la mano, como antes se hacía, el dedo índice, que parece apuntar como cañón de revólver. Estas y otras bellezas nos trae el progreso mal entendido y nos las trae por nuestra ignorancia, porque no vemos el enlace que las cosas, entre sí, a la callada mantienen.

Una señora finlandesa me preguntaba cierto día: ¿es verdad que en España cuando pasa una mujer bonita los hombres la echan a los pies la capa y el sombrero?—Sí, señora, es verdad—contesté yo—pero desgraciadamente la costumbre se va perdiendo.—¿Y cómo explica usted ese cambio? ¿Es que se vuelven ustedes más calmosos, menos enamorados y galantes?—No es eso, señora mía; es que ha decaído mucho la capa; hoy se usa con preferencia el gabán, y la nueva prenda no sirve para el caso. La capa va suelta sobre los hombros y en menos que se piensa, en un abrir y cerrar de ojos, está extendida en el suelo: el movimiento es elegante y artístico. En cambio el gabán es una prenda sin gracia; no hay modo de quitárselo en medio de la calle, pues parecería que se iba uno a desnudar; si se le extiende sobre el suelo tomará mil figuras y todas ellas serán antiestéticas, y hasta sería posible que la beldad a quien se pretendía rendir

homenaje, iropezara y cayera por nuestra culpa. Y en cuanto al sombrero, como ahora se gastan de casco duro, al tirarlo al suelo iría botando como una pelota y se llenaría de bollos y piquetes. Los españoles, somos, pues, como éramos, pero el traje ha cambiado y no nos deja hacer lo que antes hacíamos.

Hechas estas salvades, para que conste al menos que a mí los adelantos no me turban, hasta el punto de cegarme y entontecerme por completo, no tengo inconveniente en reconocer las ventajas del progreso material y en guiarme por éste, como signo exterior, para descubrir el progreso efectivo de las naciones; pero tengo que separarme de nuevo de la corriente general y decir que no me bastan los hechos, que yo doy más importancia que a los hechos a la forma en que se presentan.

Lo característico de Finlandia es el entusiasmo con que se aceptan todas las innovaciones de utilidad práctica, la rapidez y perfección con que todo el mundo se las asimila. En España tenemos ferrocarriles, pero no sólo los tenemos de mala manera, sino que en algunos casos hemos llevado nuestra mala voluntad hasta el extremo de que el tren sea derrotado por la diligencia. En nuestra provincia existe ese raro fenómeno. Aquí los ferrocarriles son del Estado finlandés y a pesar de lo escaso de la población dan ingresos muy lucidos; en cuanto al servicio casi compite con el alemán, que es el más perfecto de Europa.—El teléfono es aquí tan usual como los trastos de cocina; es una persona más en cualquier conver-

sación. Muchas veces ocurre una duda que puede ser resuelta por alguien que está ausente; al minuto se tiene la respuesta, casi como si el consultado se hallara en la reunión.—No conozco ciudad donde existan proporcionalmente al número de almas, más carruajes que en ésta; están distribuidos por toda la población y en constante movimiento; son muy pequeños, muy ligeros y muy baratos, y los usan hasta las clases pobres.—Por el velocípedo hay verdadero delirio y las mujeres lo han aceptado como instrumento de emancipación; no se da un paso sin topar con una señorita montada en su bicicleta; si os fijáis por detrás veréis que de esa parte del organismo que sirve entre otras cosas para sentarse, pende en forma humorística un cartelito, donde se lee un número, que quizás pase del cuatro mil; ese número, que es el del registro velocipédico, indica a las claras el abuso que se hace del pedal. Porque aquí no se fijan más que en el ahorro de fuerzas y en cuanto una novedad es útil, todo el mundo la acepta, en masa, sin que a nadie se le ocurra criticar ni dár-selas de refractario.

Yo hice un día ciertos reparos al hecho de que una señora vieja y horriblemente voluminosa fuese también dando tumbos en una angustiada bicicleta (por cierto que ese día sentí por primera vez algo nuevo, la compasión por un aparato mecánico) y la persona a quien me dirigía, sólo me contestó: —«Yo lo encuentro bien; es útil».—Finlandia es el país de los lagos; casi todas las ciudades y pueblos del interior están unidos por vías navegables,

surcadas continuamente por vapores; y no es extraño el caso de que un campesino se encargue durante una travesía de dirigir una embarcación, con la seguridad de un marino práctico. Y como estos hay mil hechos curiosos que revelan la satisfacción rústica con que son aquí acogidos todos los adelantos y la prontitud y perfección con que se los introduce en la vida vulgar y corriente.

Mas no se crea que tan ardiente amor al progreso es signo de energía espiritual; es todo lo contrario. La opinión irreflexiva vé en la actividad febril de un hombre que se pasa la vida rodando por los trenes, dando órdenes por telégrafo y por teléfono o yendo como una centella en velocípedo, una prueba de robustez cerebral extraordinaria; cuando en realidad lo que debe de verse en todo eso es un desequilibrio orgánico: la exaltación de la fuerza muscular y la atrofia del sistema nervioso. He aquí la causa de que los pueblos meridionales sean por temperamento refractarios a las innovaciones mecánicas, e incapaces de resistir el ajeteo excesivo de los novísimos medios de locomoción.

El tipo perfecto del hombre activo es el norteamericano; hoy es ya popular en Europa la idea del yankee a lo Bourget: un hombre vulgar de alma y cuerpo, poseído por la manía de reunir muchos millones; posee alguna línea de ferrocarriles y si llega el caso alguna ciudad entera, que fundó por su cuenta y riesgo, o que ganó en una jugada de Bolsa; trabaja día y noche en su bufete, con un aparato telefónico en cada oreja, el telé-

grafo enfrente y un exprés de propiedad particular silbando a la puerta, por si los negocios exigen de repente un viaje de cuatro o seis mil kilómetros; y por último, el pobre hombre cae un día muerto sobre su escritorio a consecuencia de un ataque cerebral, mientras su mujer da un baile en París o en Cannes o juega fuerte en Montecarlo. Hay sin duda en estos rasgos exageraciones de tipo novelesco, mas lo novelesco difiere poco de lo real; en el estudio de Bourget, *Outremer*, aparecen figuras semejantes a la que yo he indicado en cuatro líneas, y *Outremer* no es un libro humorístico aunque a ratos lo parezca.

Tan extraordinario derroche de actividad no podría prolongarse mucho tiempo si estuviera alimentado por la inteligencia: yo he visto funcionar grandes empresas comerciales y he comprendido sin gran molestia la marcha de los negocios; y una vez dominada esta primera dificultad, he visto que todo se reduce a una rutina para la que sólo se requieren facultades de resistencia. La gente profana, que no ve más que la complicación aparente de las operaciones, piensa que el que las dirige es un hombre de genio; una vez en el secreto se convencería de que aquel trabajo está al alcance de cualquier burro de carga. Yo encuentro un gasto mucho más grande de energía en el que crea una obra de arte; y si se quiere un ejemplo de actividad material, diré que más fortaleza física se requiere para ser matador de toros que para ser millonario al estilo yankee. No hay que ir a América para hallar hombres fuertes; para

lo que hay que ir es para encontrar temperamentos que resistan la tensión pasiva a que nos condena el progreso mecánico.

A un amigo mío, lagartijista entusiasta, le oí referir una anécdota muy significativa sobre el insigne maestro cordobés. Se hablaba de lo malo y de lo bueno que tienen las profesiones y oficios y se llegó a tocar al toreo; y alguien le preguntó a Lagartijo qué era lo que más le disgustaba de su profesión; a lo cual el interpelado, con una concisión digna de Tácito, contestó:—«er tren».—En estas dos palabras, mejor o peor dichas, hay más substancia psicológica que en todos los tratados de Psicología que sirven de texto en los Institutos. Un torero de raza se halla en su elemento mientras lucha, mientras su actividad libre e inteligente está enfrente del toro y se fatiga de ir incrustado en un wagón, prueba evidente de que para resistir el traqueteo de los innumerables vehículos de nuestra época, la energía natural del temperamento es más bien un obstáculo; lo que el vulgo toma por actividad es inercia; ese hombre que va cincuenta horas en tren, no va, sino que lo llevan; él no hace más que aguantarse.

He presentado estos dos tipos de actividad para hacer ver por medio de ejemplos conocidos lo que son los finlandeses. El finlandés se aproxima al tipo yankee; no tiene campo de acción para ejercitarse en empresas de alto vuelo; pero en su esfera funciona como un organismo libre adaptado a una función mecánica; es calmoso hasta un extremo desesperante, pero tiene una constancia a

prueba de bomba; su entusiasmo progresista nace, propiamente hablando, de su pereza, del deseo de economizar tiempo y de molestarse lo menos posible. La primera advertencia que me hicieron a mí al llegar, cuando dí mi ropa blanca a la lavandera, fué que tardarían en lavarla, según es costumbre, de dos a tres semanas; y como con el lavado ocurre con muchas cosas más; aquí no quieren trabajo extraordinario, ni apresuramientos; gustan de la regularidad y dan a cada obra su plazo marcado e inflexible. Yo hace ya muchos años que no tengo reloj; y lo suprimí después de tenerlo otra porción de años parado. En España esto sería una dificultad y fuera de España también he caído en faltas graves por no saber nunca la hora; aquí he resuelto el problema, porque cada ciudadano es un aparato de relojería; la muchacha que enciende las estufas, las ocho; la mujer de la leche, las ocho y media; mi staederska, las nueve; el correo de la mañana, las diez; el almuerzo, las once; la joven que viene del kontor, las doce; segundo correo, la una; la chica que vuelve de sus clases, las dos; mi vecina, una joven pintora, va a comer, las tres; la doktorinna pasa en bicicleta, las cuatro. De aquí en adelante ya no se distinguen los bultos; hay un intervalo hasta las nueve en que mi criada viene a hacerme la cama. Porque aquí, dicho sea de paso, las camas son duras como piedras y las hacen cuando se va a dormir.



VII.

El corresponsal traza un inesperado y curioso paralelo entre la manteca finlandesa y los jamones de Trevélez.

EN una de las innumerables revueltas estudiantiles que agitaron la vida escolar de mi tiempo, no recuerdo en cuál, en una que sería provocada, como de costumbre, por las reacciones gubernativas en vísperas de Noche Buena, se reveló, salió a luz un nuevo orador, que desde lo alto de una reja nos arengó, nos entusiasmó y nos inflamó a los incipientes revolucionarios; era el joven tribuno un prodigio en el arte de escalar rejas y de enardecer a sus semejantes. En la reunión se hallaban dos señores viejos atraídos por la curiosidad y tengo muy presente que el uno dijo:—Ese muchacho llegará a ministro, me lo dá el corazón.—¿En qué te fundas?—repuso el otro—porque yo creo que lo que está diciendo es una sarta de disparates.—No importa, dice disparates pero los dice bien, y además tiene una agilidad sorprendente para encaramarse en sitios altos; repito que ministro tenemos.

Muchas veces he recordado la profecía (que se